



Jacques Delors, hombre de ideas claras y poco simpático, fue durante diez años un formidable presidente de la Comisión. Nunca dejó de dar una batalla. Su visión iba lejos: a diez, veinte, treinta años. Oficialmente era socialista, próximo a Mitterrand, aunque había en su pensamiento y su trabajo profundas diferencias con el presidente francés. En realidad, era un federalista moderado y pragmático, partidario de avanzar por etapas. Mantuvo siempre en el plano privado un catolicismo exigente. Y no se retiró: en la actualidad, Jacques Delors, a sus 71 años, preside la asociación Notre Europe, dedicada al estudio de futuros desafíos europeos. En 1985 se redactó y pactó el "Libro Blanco" sobre la moneda, que habría de convertirse en punto de referencia y paso decisivo hacia la creación del euro. Los adversarios del antiguo presidente de la Comisión sostienen que nunca optó a un cargo electo, y es verdad. Pero la autoridad de Jacques Delors no dependía de los votos, sino de la firmeza de su pensamiento democrático, un punto en el que no es fácil darle lecciones.

El euro y el futuro de Europa

Jordi Pujol

LA Unión Económica y Monetaria (UEM) es un importante paso en la integración europea que hay que contemplar desde la óptica del despliegue de dos tendencias. Por una parte, se trata de la consecuencia lógica, en términos económicos, del progreso del Mercado Único. Sin una sólida estabilidad cambiaria, éste continuaría sujeto a los vaivenes de las variaciones de los tipos de cambio y no podría, por ello mismo, ofrecer todas las ventajas que cabe esperar de una zona con plena libertad de circulación de personas, servicios, mercancías y capitales.

Pero sería una visión muy poco ajustada a la realidad contemplar la UEM como un proyecto estrictamente técnico y más concretamente económico. En realidad, y como ha dejado muy claro el canciller Helmut Kohl, se trata de un gran salto hacia el objetivo por el que Europa viene trabajando desde la Segunda Guerra mundial: la unión política. Los arquitectos de la reconstrucción europea de la posguerra —Jean Monnet, de Gasperi, Konrad Adenauer, etc— aceptaron la doctrina de que el progreso hacia la unión política europea no podía acometerse directamente, sino que tenía que realizarse de forma indirecta. Y la fórmula elegida fue la de una creciente integración económica.

En definitiva, nos hemos tenido que ir acercando a la UEM y lo seguimos haciendo desde dos frentes distintos, pero claramente complementarios: la voluntad política y el rigor económico. En ambos campos de actuación se ha debido progresar de forma paralela y ello no ha sido fácil. En el terreno político, muchos acontecimientos de una gran trascendencia han introducido nuevos parámetros en el equilibrio político europeo. El más destacado de ellos ha sido el desmantelamiento del sistema comunista y su manifestación más clara, la caída del muro de Berlín.

Por unos momentos pareció que éste era un reto demasiado importante para que el eje París-Bonn pudiera asimilarlo normalmente. No descubrimos nada nuevo si decimos que, en un primer momento, la reu-

Jordi Pujol es Presidente de la Generalitat de Catalunya.

nificación alemana despertó recelos en buena parte de Europa, incluidas Gran Bretaña y Francia. La salida de este posible *impasse* fue el acuerdo entre Kohl y el presidente François Mitterrand para incorporar un componente político —relaciones exteriores y defensa— en la conferencia intergubernamental que debía preparar el tratado de Maastricht.

Alemania aceptó de esta forma el claro compromiso político de vincularse estrechamente con el resto de la Unión Europea (UE) para que sus socios admitieran la reunificación. Cuando Kohl insiste en la necesidad ineludible de llevar adelante la UEM, no se está refiriendo sólo a un complicado ejercicio de ingeniería económica, con su moneda única —el euro— sino que también está confirmando a sus socios de la Unión Europea que, políticamente, Alemania no emprenderá un camino que no sea el común de todos ellos.

Los retos políticos por los que ha atravesado Europa desde finales de la pasada década hasta nuestros días no sólo no han hecho mella en el proceso de avance hacia la UEM, sino que han vinculado a ésta indisolublemente con el objetivo de la unión política. Claro está que el grado de adhesión a esta última varía sensiblemente de unos países a otros. Y también es evidente que la guerra de Bosnia-Herzegovina ayer y la situación de Albania hoy han puesto de manifiesto que todavía media un trecho muy importante entre los deseos de cooperación política y la realidad que ésta ha logrado.

La parte más conocida, y sin duda la que más ha progresado, del tratado de Maastricht, ha sido la que tiene que ver con la unión monetaria. No ha sido fácil encontrar una fórmula que garantizara que los países que formarían parte de la UEM estarían en condiciones de asumir las dificultades que puede suponer abandonar las políticas monetaria y cambiaria de convergencia, cuyo objetivo fundamental es asegurar un grado elevado de estabilidad macroeconómica de los países aspirantes.

Hemos de reconocer que esta solución no es posiblemente la más satisfactoria. Por un lado, introduce una considerable dosis de arbitrariedad en los criterios de salud económica. Por ejemplo, es muy discutible que una buena medida del nivel de inflación aceptable tenga que conseguirse añadiendo 1,5 puntos al promedio de la tasa de inflación de los tres países que la tengan más baja. Este sistema significa que la cifra apropiada, o sea el tope aceptable, va variando mes a mes y nunca es recomendable que un punto de referencia se mueva constantemente. Por otra parte, los países que tengan menos inflación pueden ser, como efectivamente ocurre en la actualidad, de peso económico relativamente menor en el conjunto de la UE.

Pero quizá la crítica más seria que se puede hacer a los criterios de convergencia tal y como han sido finalmente diseñados es que no incorporan condiciones relativas a la economía real, tales como el nivel de paro, la productividad y otros de la misma naturaleza. Para muchos observadores, este hecho puede depararnos la sorpresa de que un país con los equilibrios exigidos por Maastricht muestre deficiencias estructurales de una envergadura suficiente para poner en entredicho su capacidad de competir en la UEM.

La concepción que inspira los criterios de convergencia es ortodoxa, pero insuficiente. La estabilidad financiera es una condición necesaria pero no suficiente para el crecimiento y la competitividad. La prueba la tenemos en la realidad de estos momentos en Europa. Mientras se progresa de forma clara hacia el cumplimiento de los criterios de Maastricht —y de ello debemos alegrarnos— siguen sin menguar los problemas estructurales que Europa debe superar: el paro, la crisis del Estado de bienestar, las subvenciones a las empresas públicas, etc.

Quizá si los arquitectos de las fórmulas de Maastricht hubieran tenido una visión más amplia de los problemas económicos de Europa y hubieran incorporado variables financieras y estructurales, el saneamiento actual de la economía europea sería más equilibrado. Quizá la concentración en mejorar los aspectos de equilibrio financiero y monetario, que ha requerido un esfuerzo casi heroico en países como el nuestro, no nos ha dejado las suficientes energías para poder abordar los problemas estructurales que acabo de aludir. Desde esta óptica, hubiera sido preferible adoptar unos criterios que hubieran permitido que los países llegaran a las puertas de la UEM con los deberes hechos en todas las asignaturas troncales. Y no hay duda de que las reformas pendientes pertenecen a esta última categoría.

Estas críticas no deberían enmascarar una realidad obvia. Aun con todas las insuficiencias que se quiera, lo que exige Maastricht a través de sus criterios de convergencia debería hacerse. En este sentido, si no hubiéramos tenido el aliciente de la unión monetaria es muy posible que se hubiera hecho un esfuerzo mucho menor. O quizá no se hubiera hecho nada. Y también es verdad que aunque el equilibrio financiero y monetario no sea una condición suficiente para la competitividad, es un requisito que siempre antecede a ésta. Por lo tanto, sumando los pros y los contras de los planteamientos económicos de la UEM, creo poder afirmar que el saldo es positivo, altamente positivo.

En la cumbre de Madrid de diciembre de 1995 se establecieron las bases para el tránsito hacia la moneda única, el euro. Los acuerdos más importantes de esta reunión, además de haber dado nombre a la nueva moneda, son bien conocidos. En la primavera de 1998 se realizará la selección de los países que accederán a la moneda única cuando se establezca la UEM el 1 de enero de 1999. Desde esta fecha hasta el 1 de enero del año 2002, el euro será progresivamente la moneda utilizada de forma preferente en todas aquellas operaciones que no requieran su existencia física, como contratos, emisiones de deuda, etc. Durante el primer semestre del 2002, las monedas nacionales serán sustituidas por el euro. A partir del 1 de julio de ese año, el euro en su forma de billetes y monedas pasará a ser el único signo monetario oficial de la zona euro.

La planificación para la introducción del euro está asentada sobre bases que pueden considerarse razonables. Se ha tenido que encontrar un punto intermedio entre las exigencias dictadas por la complejidad técnica de un cambio de esta envergadura, que pedían un período lo más largo posible, y la impaciencia de los mercados, que son totalmente reacios a admitir lapsos de tiempo dilatados envueltos en la incertidumbre. En todo caso, las decisiones tomadas en Madrid y reforzadas en varios aspectos en la cumbre de Dublín de diciembre de 1996 han confirmado la sólida voluntad política que se ha generado para convertir el euro en una realidad.

La existencia de estos compromisos es el mapa que se necesitaba para llegar al punto de destino, pero los hechos están demostrando que la travesía no será fácil. En realidad, los criterios económicos no serán una guía suficiente para dilucidar el tema. Y ello por dos razones obvias. En primer lugar, porque el propio tratado de Maastricht deja un margen interpretativo para algunos criterios y, en segundo lugar, porque la decisión final será adoptada por los representantes de los países miembros, es decir los países afectados, por mayoría cualificada. En otras palabras, la negociación política pasará a ser crucial y definitoria.

Pero la negociación política tendrá unos puntos de referencia insoslayables, constituidos por los criterios de convergencia. El equilibrio entre lo político y lo económico será en este caso uno de los ejercicios más complicados de esta naturaleza que se hayan producido en muchas décadas en Europa, si es que alguna vez se realizó una cesión de soberanía de esta envergadura, es decir, la renuncia al privilegio histórico de acuñar la propia moneda y de variar su valor de acuerdo con las exigencias de la coyuntura o simplemente para recuperar la competitividad perdida.

No es de extrañar que a medida que se acerca el momento de la selección de los países se vaya incrementando la tensión política. La propia ansiedad creada por la situación se traduce en declaraciones de líderes políticos y económicos que envían mensajes de signo diverso. Seguramente esto es inevitable, porque aunque, como he señalado antes, el mapa exista, siempre se podrá discutir, como a veces ocurre en la realidad de nuestras carreteras, si el camino más recto es desaconsejable porque es el más peligroso y no todos podrán recorrerlo con éxito. El problema es que esta discusión está creando inquietud en los mercados financieros internacionales y su reacción ha empezado a causar problemas a las llamadas economías periféricas, como la sueca, la italiana y la española.

El asunto fundamental que va adquiriendo mayor relieve a medida que nos acercamos a la fecha clave de la selección de países, en la primavera de 1998, y que en realidad está en la base de todas las discusiones es el de la mayor o menor fortaleza del euro dependiendo de la severidad con la que se apliquen los criterios de convergencia. Ésta es una cuestión fundamental no sólo para Alemania, sino para toda Europa. Sería un muy mal negocio para todos nosotros perder una moneda solvente como el marco alemán, que ha probado su solidez durante medio siglo, para sustituirla por una moneda sin un respaldo suficiente para poder estar, si no a la par, por lo menos muy cerca de lo que hoy significa el marco alemán. Además, sería absurdo intentar reforzar el papel de Europa en la escena internacional a base de dotarla de una moneda débil.

De ahí la insistencia de muchos sectores de la sociedad alemana exigiendo una lectura restrictiva de los criterios de Maastricht. Y también es normal que la mayoría de la población alemana vea con recelo que "su" marco sea sustituido por un desconocido euro, que muchos ven como un experimento de laboratorio. Sería seguramente un acto de irresponsabilidad que los alemanes pensaran de otra forma. El Bundesbank, como adalid de la ortodoxia monetaria, es el que más firmemente ha defendido las tesis a favor de una interpretación estricta de los criterios de convergencia. Claro está que la potente industria exportadora alemana no vería de forma negativa poder trabajar con una moneda más débil que el marco alemán, pero ésta es otra historia... también comprensible.

El debate sobre la aplicación más o menos estricta de los criterios de convergencia ha adquirido un tono francamente agrio y muy poco constructivo cuando se han empezado a mencionar algunos países, en particular Italia, como poco idóneos para estar en el núcleo inicial del euro. Estas observaciones fueron muy claras en la reunión

de Davos de febrero de este año. No cabe duda de que lo que allí se dijo intranquilizó a los mercados financieros internacionales, que no han recuperado la calma desde entonces. La alusión a Italia se amplió para cubrir España y Portugal, de manera que se ha empezado a distinguir entre una especie de "Club Mediterráneo" y los demás. Todas estas insinuaciones no han sido muy positivas y han servido para crear confusión y malestar político.

Aun reconociendo y admitiendo que la selección de los países ha de hacerse de forma seria y convincente para los mercados, no creo que las posiciones apriorísticas sean apropiadas y ayuden mucho. Y pienso al mismo tiempo que hay que tomar muy seriamente en consideración los esfuerzos para cumplir los criterios de convergencia que ha hecho un país como España. Ni política ni económicamente ha sido fácil lograr que la sociedad admitiera todos los sacrificios necesarios para intentar llegar con éxito a las puertas de Maastricht. No es lógico ni razonable que todo esto caiga en saco roto por consideraciones basadas en argumentos tales como la historia o la cultura de la estabilidad.

Es evidente —y hemos de reconocerlo— que no todos los países tienen la misma tradición de estabilidad ni incluso la misma cultura económica. Pero esto no ha sido óbice para progresar en la integración europea e ir incorporando en ella países tan dispares como Dinamarca y Grecia. Y nadie puede negar que el experimento ha funcionado bien, porque uno de los ingredientes de la construcción europea es el compromiso.

Aunque la UEM es un experimento mucho más serio que todo lo que se ha hecho hasta ahora, creo que no sería acertado abandonar este principio fundamental del compromiso, que sin duda encierra una dosis de contenido político que difícilmente logrará satisfacer plenamente a los técnicos más exigentes. Pero, repito, así es como hemos construido la Europa de la posguerra.

Porque si caemos en juicios sobre la virtud y los vicios de cada uno podemos entrar en un callejón sin salida. El propio Hans Tietmeyer ha justificado el monto de la deuda alemana, que supera el sesenta por cien establecido como criterio tope por el tratado de Maastricht, debido a la situación excepcional que ha significado la reunificación del país. El presidente del Bundesbank tiene seguramente razón, pero también muchos otros países, entre ellos España, han pasado por circunstancias que cabe calificar de excepcionales y que en definitiva, como en Alemania, se han plasmado en resultados no deseables desde el punto de vista de la ortodoxia económica. No

olvidemos, por ejemplo, que la transición política española ha tenido un coste al que no es ajeno nuestro déficit presupuestario.

Además, cabría añadir que la reunificación alemana ha tenido efectos económicos no sólo en Alemania, sino también en el resto de la UE. Por lo tanto, los juicios de virtud económica resultan siempre muy matizables por las circunstancias y esto no debe olvidarse a la hora de enjuiciar la labor de unos y otros.

En modo alguno estoy proponiendo un euro débil o un proceso de selección de "manga ancha". Como he dicho antes, sustituir al marco por un euro no creíble sería un mal negocio para Europa. Más bien propongo que sobre un cumplimiento inequívoco de los criterios de convergencia de acuerdo con la letra y el espíritu del tratado de Maastricht, que indudablemente permite grados de flexibilidad, que hay que administrar con prudencia, es preciso acometer la etapa decisiva que nos queda hasta alcanzar la UEM con el sentido de compromiso histórico que siempre ha caracterizado el progreso de la construcción europea.